



«Retrato de don Amalio Gimeno», por Joaquín Sorolla

paisajes, la amplia diversidad de tendencias, la pluralidad de gustos y normas antitéticas.

Una enorme distancia también de hitos representativos de la verdadera capacidad, hasta la ineptia estúpida. Lienzos que no desdican la categoría y prestigio de quienes los firman y «cosas» que únicamente la tolerancia reglamentaria—y más que reglamentaria rutinaria—en Exposiciones colectivas de esta índole puede admitir.

Sin embargo, los instaladores han tenido buen cuidado de evitar un confusión desagradable. Dentro de las no muy propicias condiciones del local, puede asegurarse que casi todos los envíos dignos de ser vistos están en su sitio.

Roberto Fernández Balbuena ha enviado tres obras que responden plenamente—sobre todo el titulado *Boceto*—a ese sentido grave y serio que el buen artista tiene de la pintura, a la cual ha llegado por el camino disciplinario de la arquitectura estudiada y práctica, con cerebral amor. Quiero decir que en Roberto Fernández Balbuena existe uno de los más fuertes temperamentos de pintor constructivo, de compositor plástico, que hay ahora en España. Ojalá totalice y desarrolle este *Boceto* preñado de posibilidades elocuentes.

Amadeo Roca es el valor de revelación del Salón de Otoño. Su cuadro *Lagarteros* espirituali-



«Candor», por Julio Moisés

za, aclara, *desengrasa* y desvulgariza un tema y una intención demasiado contumaces en los cuadros de género servidos por la gran cocina pictórica de platos regionales.

Mucho de esto puede decirse también del admirable *Retrato del arquitecto Middlehurst*, por Hidalgo de Caviedes, que desquita del empacho denso y aceitoso de los testarudos del género. Luis Mosquera, en un lienzo de pequeñas dimensiones, señala magnas aptitudes para esa misma condición de libertador de naturalismos empachosos.

Como también Agustín Segura, cada día más *enterado* de sus grises, menos preocupado de la exterioridad anecdótica, yendo a la entraña psicológica del modelo por medio de recursos limpios en el color y en el propósito. Sus retratos de Luis Montiel y del fotógrafo Llompart son de los mejores que ha pintado el retratista andaluz.

Julio Moisés presenta una sola obra: *Candor*. Pero resumen espléndido de una madurez bien lograda, la plenitud de facultades expresada sin esfuerzo ni pedantería, bella lección del arte de pintar cuando éste se adapta eficazmente a un temperamento bien dotado. Asimismo Eugenio Hermoso y Adelardo Covarsi reiteran sus respectivos esti-

«Desnudo», por Adela Ramos



«Mi nieto», por Mariano Benlliure

los, dentro de los temas gustosamente elegidos desde el comienzo. Pedro Antonio—pintor excelente, a quien su modestia personal perjudica—expone un conjunto homogéneo. Figuras de mujeres interpretadas con el escrúpulo y la honestidad profesional que le son peculiares, *Dama de Elche* es la culminante. En Soria Aedo se advierte el ansia legítima de la renovación, y no, en verdad, para daño y error del resultado. Hay como una elevación sensorial y sensitiva, que depura la fortaleza pictural con eliminaciones beneficiosas.

Importa, además, mencionar *La voz de las tinieblas*, de Guido Caprotti, que he vuelto a rever con el gusto de siempre; *Rosa la gitana*, de Ramón Carazo, y *Principiante*, de Miguel Rubio, menos contaminados de «morcellismo» que otras veces; *Desnudo*, recién pintado, de Adela Ramos; *Paquila* y *Rosavillo*, encantadoras figuras de muchachas, por Romero Barrero; *Virgen* y *Desnudo*, de María Muntadas, pasteles de un gran decoro fatural; los retratos de la señora Nelly Harvey, ajustados y sobrios; *Payesa*, de Caffaro, y *La lechera*, de Fernando Viscai.

Por último, no faltan en el XII Salón de Otoño las obras intimistas, lo que se ha llamado con expresivo nombre *pintura de cámara*: bodegones, floreros, naturalezas muertas, vidas en silencio.

También, claro es, en este género de obras la actual Exposición del Retiro rinde tributo a la banalidad o a la ineptia.

Pero hay un número reducido de obras admirables. Por ejemplo: los floreros de Pulido. Guezala, Alejandro Solana y Pellicer; las evocaciones románticas de Agustín Olguera; los bodegones de Joaquín Azpeitia y Rodríguez Puig; *El violín silenciado*, de Mariano Sancho, y *Mandolina*, de Hidalgo de Caviedes. E incluso cabría incluir en esta serie de obras creadas al conjuro fecundo del silencio y la soledad frente a las cosas inertes, el cuadro de Luis Masriera titulado *Subconsciencia del cansado*, y que en su sobriedad de tonos y de motivos encierra penetrante, melancólica inquietud.

JOSÉ FRANCES

